



MIGUEL ENRIQUEZ

EVOCAION DE UN
REVOLUCIONARIO

EDGARDO ENRIQUEZ FROEDEN

Miguel Enríquez, Secretario General del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile, cayó combatiendo, en desigual enfrentamiento con fuerzas militares fascistas, en octubre de 1974. Su padre, Edgardo Enríquez Froeden, esboza rasgos de la vida del joven dirigente revolucionario en el discurso que pronunciara en un hospital de La Habana que lleva su nombre.



On the day justice conquers
On that vast day
of our final struggle
Compañeros
You will be with us...

Neruda

BAUTISTA VON SCHOWEN

Member of the Political Commission of the
Movement of the Revolutionary Left (MIR)
arrested and tortured by the dictatorship Dec. 15, 73

HIS LIFE MUST BE SAVED

MIGUEL ENRIQUEZ

Secretary General of the Movement
of the Revolutionary Left (MIR)
killed in combat against the dictatorship

October 5, 74

Como todos los hombres, he tenido en mi vida momentos felices y otros muy amargos. Desde el 11 de septiembre de 1973, día de sangre y de traición, estos últimos han sido muchísimo más numerosos y más crueles. A las penas que, con mi mujer, hemos debido sufrir, inmensas e irreparables, se han sumado, golpeándonos también con su brutal crudeza, las de varios millones de chilenos que carecen hasta del derecho a llorar en público, y, por supuesto, tampoco pueden protestar contra la injusticia, el abuso, el atropello, el desempleo y el hambre.

Hoy día, gracias a Uds., hermanos cubanos, estamos mi mujer y yo, viviendo momentos de intensa emoción, inolvidables, preñados de posibilidades y esperanzas. Han querido Uds., y su gobierno ha accedido a ello, han querido Uds., repito, poner el nombre de nuestro hijo Miguel a este hermoso y moderno hospital regional clínico quirúrgico.

¡Qué gesto tan bello el vuestro!

¡Cómo conmueve hasta las fibras más profundas de nuestros espíritus! ¡Un hospital regional con el nombre de nuestro hijo!

¡Cuán orgulloso habría estado él que dedicó toda su vida al estudio de la medicina y de los problemas del pueblo, precisamente para poder servirlo mejor, para darle ese bienestar físico, social y espiritual a que tiene derecho, y que exigen los modernos conceptos de salud!

Era apenas un niño, no había cumplido todavía diez años de edad, cuando ya orientó su vida hacia esos objetivos. Una fría mañana a comienzos de octubre, poco antes de irse a la escuela vino corriendo hacia mí. Padre, me dijo, con gran agitación. Ahí, al frente, en esos sitios desocupados hay varios niños durmiendo. Pasaron allí toda la noche ¿Por qué, padre? ¿Es que no tienen casa? Al contestarle que seguramente era así, se le llenaron de lágrimas sus ojos. "¿Cómo voy a poder vivir tranquilo?", me dijo, "¿cómo voy a poder dormir en mi cama, sí, a pocos

metros hay niños durmiendo en la calle?". Desde ese día, en efecto, ya no pudo vivir como los demás niños. Esa mañana de octubre, nacía Miguel Enríquez Espinosa, el luchador.

Jugaba, reía, hacía bromas, pero, principalmente leía, preguntaba, trataba de informarse, de comprender lo que no sabía.

¡Cómo lo temían los profesores o inspectores arbitrarios o negligentes! Con lógica demoledora, con espíritu indomable, defendía la causa de sus compañeros cada vez que alguno quería hacerlos víctima de atropellos o injusticias. Una vez, por una de esas defensas, un mal profesor pidió se le sancionara en forma ejemplarizadora. De inmediato se alzaron varias voces en su defensa. Él no le faltaba nunca el respeto a nadie, dijeron, pero dice lo que estima justo, y lo expresa con claridad, con unos razonamientos, con un conocimiento que son realmente admirables. Es extraordinaria la cultura que ese niño ya posee, es excepcional su eterna curiosidad, su ansia de saber, su pasión por la justicia. ¿Qué a Ud. le ha molestado, colega, la forma como Miguel respondió ante su actitud? Bueno, ya lo sabe, sea más cuidadoso cuando él esté presente y alégrese de que haya niños así. ¡Ojalá tuviéramos muchos más como él!

A los 16 años de edad, siendo ya alumno de primer año de medicina, tuvo una larga discusión con el Rector de la Universidad de Concepción ante todo el alumnado, el Honorable Consejo Universitario y una buena cantidad de sus profesores. El Rector, molesto por algunas protestas de los estudiantes por ciertas exigencias exageradas de los directores de los institutos, los había reunido en Asamblea General para llamarles la atención. En un momento de apasionamiento, les dijo que eran unos mediocres, que aspiraban a obtener un título universitario sólo para lograr seguridad económica, escalar situación social y asegurarse, en su medianía, la eficiente y oportuna protección de los respectivos colegios profesionales para cada uno de sus errores.

Contestó el Presidente de la Federación de Estudiantes, alumno de quinto año de leyes; humildemente solicitó de las autoridades universitarias que los perdonaran en atención a su juventud e inexperiencia. Entonces pidió la palabra Miguel. Con voz serena, pero entera y potente ante la estupefacción general, expresó: "No le acepto sus palabras, señor Rector: las considero insultantes. Ud. nos ha tratado de mediocres que sólo buscamos un título para lograr ventajas y privilegios. Le exijo que retire sus expresiones". Algo sorprendido, pero seguro de sí mismo, sonriente y burlón, le preguntó el Rector: ¿Y qué es usted, entonces? ¿Acaso un ser superior? Risas generales. Sin perder la calma, replicó Miguel: "no soy un mediocre. Lo he demostrado al egresar de sexto año de humanidades y aprobar mi bachillerato. Formo parte, pues, de ese 1% de cada generación escolar que alcanza en Chile tal situación. Además, señor Rector, una comisión especial de profesores de su Universidad, después de estudiar mis antecedentes y de interrogarme por cerca de una hora, me seleccionó en uno de los primeros lugares entre cerca de mil postulantes para primer año de medicina. Represento, así, a una fracción de ese 1% de cada generación que aludía hace unos momentos. No soy, pues, un mediocre, y tampoco he venido aquí en busca de un título que me sirva para escalar posiciones de privilegio. Quiero ser médico para servir a mis semejantes, no para aprovecharme de ellos. No puede Ud., como Rector de una Universidad, tener ese concepto de sus alumnos, y lo desafío, señor, para que vayamos juntos ante el presidente del Colegio de abogados, su colegio, a que repita allá, en su presencia, sus conceptos despectivos para los profesionales en general, y para el papel, que según Ud., estarían cumpliendo los Colegios como defensores incondicionales de los errores que, debido a su mediocridad e ignorancia estarían cometiendo sus colegiados". Silencio absoluto en la Asamblea. El Rector, ya sin sonri-

sas, pérdida la serenidad, le respondió en forma irónica e hiriente. "Señor", replicó entonces Miguel, "está usando conmigo una vieja táctica: quiere ofenderme para que, enojado, le falte yo el respeto. No lo voy a seguir, señor; no voy a cometer el error de caer en la trampa. Lo único que le he pedido es que retire sus palabras ofensivas que hieren, además, mis ideales de estudiante de una profesión digna". Y se sentó. Fuera de sí, quiso el Rector ordenarle que se pusiera de pie y continuara discutiendo. "No señor", le dijo Miguel claramente. "Me niego a seguir esta discusión con Ud.; no ha sido Ud. leal en sus procedimientos con un alumno que sólo ha protestado por sus expresiones desmedidas e insultantes. Me niego". Y continuó sentado. Tensión inmensa en el ambiente. Nadie hacía un solo movimiento o ruido. Volvió a hablar el Rector. Con mucho cuidado, escogiendo las palabras, reconoció que no había sabido expresar con claridad sus ideas; puede, dijo, que se las pueda tomar como insultantes; nunca fue esa mi intención. No podría yo, Rector de una Universidad, continuar moralmente sirviendo mi cargo si creyera que los alumnos que estamos formando son mediocres, ambiciosos e interesados. Tampoco he querido menospreciar la labor de los Colegios Profesionales. Se relajó el ambiente. La reunión terminó con una solución armónica para el problema planteado entre los alumnos y los directores de los Institutos. A la salida, un consejero de la Universidad, de esos que nunca faltan, propuso al grupo de autoridades universitarias, que se disponía ya a tomar sus automóviles, expulsar a Miguel en la próxima reunión del Consejo por su actitud irrespetuosa. ¡Cuidado! le dijo el Rector. A ese joven, mejor dicho, a ese niño, no me lo toca nadie. Yo fui el culpable. Menosprecié al auditorio. Siendo seguramente, el menor de todos los presentes, fue el único que reaccionó como todo un hombre. Me llamó la atención en la forma que me merecía por mi ligereza inexplicable. Nadie le toca a él un pelo.

Con un grupo de sus compañeros, entre los que estaban Bautista Van Schowen, Luciano Cruz, mi hijo Edgardo, Andrés Pascal y otros tres o cuatro más que no nombro voluntariamente para no exponer a sus familiares que todavía residen en Chile, formaron un grupo de estudio y trabajo. Leían, estudiaban, discutían horas enteras todas las noches. Analizaban y devoraban todo cuanto había ocurrido o estaba ocurriendo en Cuba. Fue así como formaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el MIR, que rápidamente ganó adeptos entre los jóvenes universitarios, pero que, como era de esperar, fue también combatido enérgicamente por otros grupos y partidos políticos. Hubo cientos de asambleas y foros realizados, primero, en Concepción y después, en otras ciudades de Chile. En ellos, Miguel ganó fama de ser terrible adversario en la polémica, tanto en una discusión seria y profunda sobre política, economía o filosofía, ciencia o historia, como en una en que primara el ingenio, la respuesta rápida, oportuna, divertida, que aplanaba al contrario. Hombres fogueados, parlamentarios de gran experiencia, cometieron ese error; al verse perdidos en un debate razonado en que pretendieron defender la sin razón de los poderosos, quisieron salvarse mediante el chiste fácil, la postura en ridículo del adversario, ¡qué mal les fue siempre con Miguel en ese terreno! Una vez, desesperados, los reaccionarios llevaron a una asamblea un centenar de muchachitas, hermosas todas, para que no lo dejaran hablar mediante gritos, consignas, etc. Miguel, en el centro de la sala, las contempló un minuto, dos. En seguida avanzó hacia donde ellas estaban, y con esa sonrisa contagiosa que iluminaba su hermoso rostro, hizo un ademán de abrazarlas y besarlas a todas. Sorpresa, risas generales. Terminaron aplaudiéndolo a rabiar.

Muy pronto, ya nadie se atrevía a enfrentarlo públicamente, sacerdotes, diputados, senadores, profesores universitarios,

políticos, eludieron los foros en que Miguel participaba.

Un día llegó a Concepción el senador norteamericano Robert Kennedy. Lo acompañaba numerosa comitiva norteamericana de políticos, periodistas, guardaespaldas, operadores de cámaras de cine y de televisión, etc. Se reunió con las autoridades intelectuales, los periodistas, los políticos, los delegados estudiantiles chilenos, en una amplísima conferencia. En un momento dado, mientras hablaba un chileno, el senador Kennedy, tomó el micrófono de la grabadora e hizo un comentario en inglés que provocó la hilaridad de toda su comitiva. Miguel que estaba en el fondo de la sala avanzó resueltamente y en medio de la sorpresa general tomó con decisión el micrófono de manos del senador americano y en perfecto inglés le enrostró su actitud. "Ud.", le dijo, "ha venido aquí, no interesado por nuestros problemas, ni a buscarles solución. Ud., está trabajando su campaña para la presidencia de Estados Unidos. No le acepto que venga a utilizarnos a nosotros, para fines personales suyos. Si quiere chistes, y hacer reír, yo también puedo contarle varios que se refieren a Viet Nam, o a la explotación de nuestros obreros por capitales y sociedades nacionales y extranjeras. Vamos a Pueblo Hundido junto a las minas de carbón de Lota, allí podrán reírse Uds. todos hasta las lágrimas viendo tanta miseria y abandono". Robert Kennedy se puso serio, algunos de sus guardaespaldas quisieron avanzar; él los contuvo con un gesto. Cambiando totalmente el tono y nivel de la reunión, discutieron mano a mano con Miguel, en inglés, sobre diversos problemas nacionales. Entusiasmado y muy cordial lo invitó a visitar Estados Unidos con todos los gastos pagados. Miguel no aceptó y lealmente le recomendó que no fuera a una asamblea que tenía programado con los estudiantes. Kennedy no siguió su consejo y se debe haber arrepentido de ello porque allí recibió violenta y bulliciosa contramanifestación estudiantil.

Sin descuidar sus estudios de medicina, pues sabía distribuir su tiempo en forma admirable, viajó por Chile, Perú, China, Checoslovaquia, Cuba, Francia, Hong Kong, etcétera. Todavía no llegaba a sexto año de medicina, y ya había conversado y discutido con los más altos exponentes de la política nacional y muchos líderes internacionales, especialmente cubanos. En Perú, seguido de cerca por la policía, sostuvo larga entrevista con un dirigente que estaba en la clandestinidad, y en China, se reunió muchas horas con médicos y líderes obreros y políticos distinguidos.

Cuando fue a Santiago a rendir su examen de médico, ya era conocido como dirigente revolucionario. Tenía 23 años de edad. Debíó enfrentar comisiones de examinadores reaccionarios, algunos de los cuales hicieron cuanto les fue posible para perjudicarlo. Podría contarles, por ejemplo, su examen de clínica obstétrica en el cual el profesor debíó aprobarlo con distinción, ante todo el auditorio contrario a Miguel que se había reunido en la sala para ver como, ese médico reconocidamente derechista despedazaba y postergaba a ese joven y equivocado dirigente rojo. Sin perder la calma ante los gritos e interrupciones del examinador, Miguel lo obligó a confesar que no había asistido al último congreso de obstetricia en que se había debatido extensamente la enfermedad de que padecía la paciente que le habían entregado minutos antes y terminó recomendándole que adquiriera y leyera la última edición de la obra de un famoso obstetra en la que éste preconizaba el tratamiento propuesto por Miguel y rechazaba, en cambio, con fundadas razones científicas y experimentales, el que estaba exigiendo el examinador. "Señor profesor" terminó Miguel, "en el capítulo tal, del tratado, puede Ud. encontrar lo que le estoy diciendo. Pero cuide de que sea la última edición, la de hace seis meses, y no la anterior, de hace años, que parece es la que Ud. posee". Todo el auditorio aplaudió entusiasmado.

Obtuvo su título de médico recién cumplidos los 24 años. Fue aprobado con distinción máxima. En concurso nacional, ganó una beca en el Instituto de Neurocirugía del profesor Asenjo y Héctor Valladares. Cumplía con brillo las exigencias de su especialización, cuando el Presidente Frei inició la persecución policiaca al MIR. En junio de 1969, pasó a la clandestinidad y debíó, así, abandonar prácticamente la medicina.

Aceptó el sacrificio, pero debo declarar que la última vez que estuve en su casa, poco antes del golpe de septiembre de 1973, me mostró los libros de medicina que había adquirido no hacía mucho "para mantenerme al día", me dijo, "aunque sé, agregó, que, como están las cosas en el mundo actual, solamente por la vía revolucionaria será posible lograr el bienestar y la liberación de las mayorías. Es a esa labor, a la que debo dedicar toda mi atención, y, lo hago poniendo en ello todo mi espíritu y voluntad, todo el calor de mi vida".

Tendría tanto más que contarles de Miguel, ese médico revolucionario e idealista, que fue nuestro hijo. Hablarles de su amor a la vida, de sus ansias por alargar y multiplicar las horas para alcanzar a hacer todo lo que él quería. "Un día, no sé cuándo", solía decir, "voy a caer; mis huesos quedarán por ahí tal vez blanqueándose al sol. Mi temor es no haber alcanzado a hacer cuanto he planeado". Quisiera contarles de su preocupación, de su amor por los niños. Cada vez que podía, pasaba horas enteras con ellos, los escuchaba, jugaba, contestaba con toda seriedad sus interminables preguntas, les enseñaba a silbar, a imitar animales. Ellos lo adoraban, se le subían por las rodillas, estaban de fiesta en cuanto él llegaba. Me gustaría hablarles de su dolor ante el sufrimiento de los pobres y desvalidos. La mujer enferma y abandonada, la mujer embarazada, la mujer con un niño en brazos, la que estaba dando a luz, la que pedía limosna para sus hijos, eran para Miguel el primer deber de la

revolución. Niños y mujeres, enfermos y jóvenes privados de toda posibilidad de estudiar y progresar, merecían para él atención preferencial. "Por ellos luchamos", me dijo en más de una ocasión. Era, en cambio implacable con los flojos y remolones, con los patrones que explotaban a sus obreros y empleados, con los profesionales preocupados de hacer dinero, especialmente los médicos pendientes de comprar el último modelo de automóvil, con los arbitrarios, con los oportunistas —candidatos eternos a mayores facilidades y ventajas—, con los que perdían el tiempo y las posibilidades. Odiaba la injusticia, la crueldad, la torpeza, la ignorancia, la hipocresía política. Con éstos, con los falsos políticos, era terrible, despiadado. "A Ud.", le dijo un día a uno de ellos en una asamblea, después de haberlo desenmascarado públicamente, "sólo le queda retirarse de esta sala, de rodillas, avergonzado y pidiendo disculpas por toda una vida de engaño e hipocresía". Se trataba nada menos que de un senador que, haciendo alardes de indignación, se retiró sin embargo, humilde, resignado y precipitadamente. Admiraba a los luchadores de todos los tiempos. Con qué entusiasmo leía cuanto había sido escrito por ellos y sobre ellos. Conocía detalles de sus vidas y sus pensamientos ignorados aún por sus connacionales y especialistas.

Cuando murió el Che, sufrió intensamente, se puso enfermo. Pero, con esa voluntad que lo distinguía y caracterizaba se recuperó de inmediato y organizó actos en homenaje a tan sobresaliente luchador. Recordó en ellos su vida ejemplar de revolucionario, lo que había significado para la liberación de Cuba, cuanto habían influido sus pensamientos y doctrinas en la formación ideológica de él mismo, de Miguel y del grupo de muchachos que habían creado el MIR. "Su muerte", dijo, "priva a la liberación americana y a los oprimidos del mundo entero, de las armas más eficaces y poderosas: la preclara inteligencia, la voluntad indomable del Che" "pero", agregó, "aún después de muerto,

él seguirá luchando con nosotros. Su ejemplo guiará nuestras acciones revolucionarias. Su muerte misma, luchando, nos ha señalado un rumbo, nos ha dado un ejemplo, que ninguno de nosotros podrá olvidar cuando llegue el momento". Lo escuchaban silenciosos y emocionados, Bautista Van Schowen, a quien también he querido como un hijo, Sergio Pérez, José Bordaz, Fernando Krauss, Alejandro de la Barra, Juan Carlos Perelmann y muchos otros. Todos ellos, y él mismo, habían de vivir, años después, los momentos que esa tarde Miguel vaticinaba. ¡Y todos supieron cumplir sin vacilación alguna con la norma que voluntaria y racionalmente se habían impuesto! Racionalmente he dicho, y sé por qué lo digo. Un día, no hace mucho, revisando y ordenando los papeles de Miguel, encontré una hoja entre sus apuntes. Tenía fecha 1º de enero de 1962. Estaba escrita de su puño y letra y firmada por él. "Juro", decía en ella, "que viviré sin temor ni pusilanimidad, siguiendo sólo los dictados de mi conciencia, sin temor al ridículo, al que dirán o a la opinión ajena. Si no fuera constitucionalmente valiente, me haré valeroso por la vía racional".

Tenía 17 años cuando escribió esto. Quienes lo conocieron, saben que siempre vivió de acuerdo a ese pensamiento haciéndose valeroso por la vía racional no dejando nada entregado a la casualidad o a los instintos. Así se explica que amando la vida tan intensamente, estuviera exponiéndola cada vez que su razón le indicaba que era necesario. Personalmente cumplía las acciones más riesgosas pese a las protestas de sus compañeros. Amaba a sus dos hijos con ternura conmovedora. La mayor, Javiera, de cinco años, que ahora vive con nosotros en Inglaterra y sabe de su muerte heroica siempre está recordándolo. Todas las noches, me dijo un día, sueño con papá Miguel. ¿Cómo?, le pregunté extrañado ¿sueñas con él cada vez que te duermes? No, abuelo, me explicó, es que todavía no me he dormido cuando recuerdo las veces

que estábamos juntos y él jugaba conmigo, se tendía a mi lado en el suelo o en mi cama, me explicaba todo, me leía, me abrazaba y me besaba, así, abuelo; y mientras hablaba, ella me apretaba tiernamente con sus bracitos. En la última carta que de Miguel recibimos, nos hablaba de su compañera Carmencita, y de su felicidad porque ella esperaba un hijo suyo. Aman-
do tanto la vida, quedándole tanto por hacer, seguro, como estaba, del triunfo final. "Vamos a derrotar a esos carniceros, no te quede duda alguna de ello, padre" me decía en esa su última carta, sin embargo, a pesar de todo eso, prefirió continuar y organizar la lucha desde el interior de Chile. Sabía, naturalmente, que, en esa forma, estaba arriesgándose temerariamente. Se lo dijeron sus compañeros y amigos del exterior. No quiso irse. Se negó siempre.

Murió combatiendo, luchando por sus ideales y la causa de los oprimidos y postergados, la tarde trágica y gloriosa a la vez del 5 de octubre de 1974.

Luchó dos horas, la mayor parte de ellas, completamente solo, contra cientos de soldados, numerosos carros blindados y helicópteros. Herido por las bombas y las balas siguió combatiendo. Su compañera yacía en el suelo, también gravemente herida. Le hablaba, trataba de re-
confortarla, pero seguía disparando, resistiendo.

"Me haré valeroso por la vía racional" había escrito a los 17 años. Luchó y murió racionalmente esa tarde de octubre de 1974. Veintitún años atrás, cuando apenas tenía nueve años de edad, también en octubre, al ver que había niños en la miseria durmiendo en la calle, había nacido en él su espíritu de lucha y rebeldía.

Veinticuatro horas después, por gestiones personales de un obispo católico, con quien no habíamos hablado y a quien tampoco he tenido el honor de conocer para agradecerle el gesto generoso, nos entregaron su cuerpo desnudo y destrozado. (No sé todavía si sus asesinos, se juga-

ron sus ropas ensangrentadas a la suerte, o se las disputaron como trofeos de guerra). Tenía diez heridas a bala. Una de ellas, la última, le entró por el ojo izquierdo y le destruyó el cráneo.

Al verlo, con el resto de su cara serena, sonriente casi y con un dejo burlesco en la expresión, dije a mi mujer, su madre: quienes le dispararon sabían que, aunque desfiguraran su hermoso rostro y destruyeran su cerebro privilegiado, no lograrían jamás borrar la imagen que de él se ha formado el pueblo, ni sepultar sus generosos y sabios pensamientos inspirados por sus elevados y dignificadores ideales. Con él no moría su causa, ni su doctrina liberadora, ni el movimiento arrollador, visionario, incontenible que él, junto a un grupo de jóvenes chilenos, había creado y que ya ha traspasado las fronteras de Chile. Lo prueban los cientos, los miles de mártires que, antes y después de él, han caído luchando contra la opresión, la injusticia, la tiranía, la barbarie.

El 7 de octubre de 1974, a las 7:30 horas de la mañana, fuimos a sepultarlo. Sólo autorizaron a ocho miembros de nuestra familia para que nos acompañaran hasta el cementerio. Había, en cambio, policía armada y carros blindados en todas las bocacalles y lugares estratégicos del recorrido. Nos rodeaban más de 100 carabineros armados con ametralladoras, numerosos agentes de investigaciones, (quien expulsé violentamente de mi casa cuando pretendieron entrar a ella en los últimos momentos anteriores a la partida), y varios oficiales del ejército vestidos de civil. Muchas ametralladoras nos apuntaban. El coronel y los oficiales de carabineros, que dirigían el "operativo", no se atrevían a dar la cara.

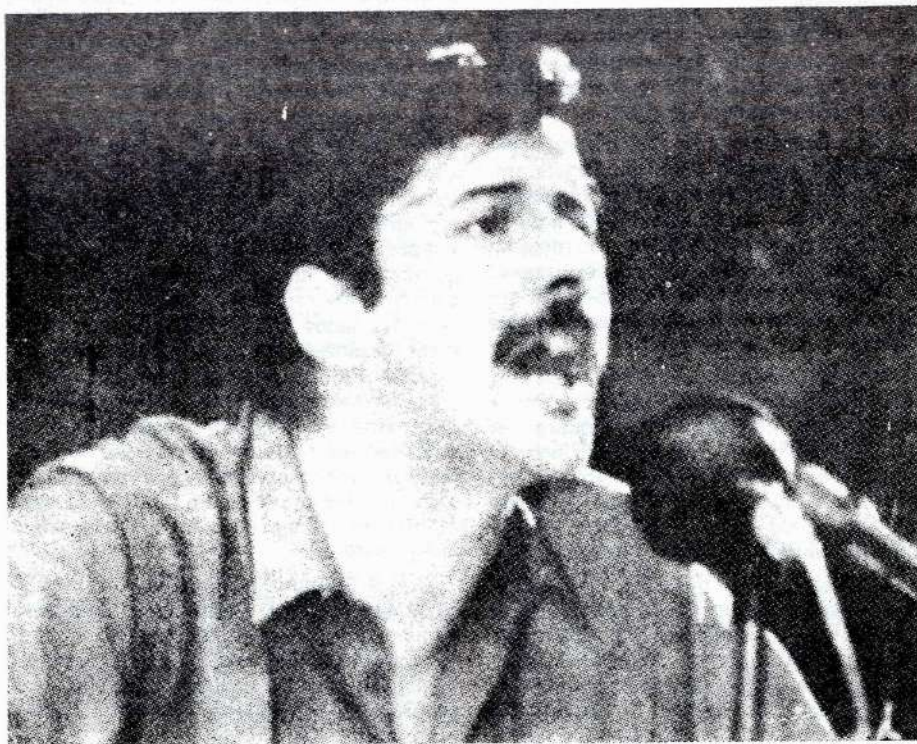
Miguel Enríquez Espínosa, hijo mío, dijo su madre con voz entera en el momento en que depositaba el único ramo de flores permitido, hijo mío, tú no has muerto. Tú sigues vivo y seguirás viviendo para esperanza y felicidad de todos los pobres y oprimidos del mundo.

Confusión, inquietud, en las filas policia-
res; sorpresa en los rostros; temor en
sus plexos vegetativos abdominales; con-
tracciones espasmódicas en las vísceras.
Miraron al coronel. Este bajó la vista,
corrido, (no digo avergonzado porque sería
suponer un mínimo de conciencia).

Y su madre tenía razón. Ella había in-
terpretado el pensamiento de millones de
chilenos. Miguel sigue viviendo en el
corazón y en la mente del pueblo, de los
estudiantes, de los profesionales, de los
artistas, de los intelectuales, de todos
aquellos, en fin, que quieren un mundo
mejor y más justo para todos, y no sólo

y exclusivamente para un grupo de privi-
legiados.

Hoy día, en este momento, aquí, a miles
de kilómetros de su patria martirizada,
está renaciendo una vez más. Un hermoso,
completo y moderno hospital llevará su
nombre. Lo decidieron así los que en él
trabajan. Han contribuido a construirlo,
con sus propias manos, desde el director
hasta el más joven y modesto de sus fun-
cionarios. Cada enfermo que aquí cure sus
dolencias, llevará algo de lo que Miguel
Enríquez quería: que desapareciera el dolor
y el abandono, que la salud, el bienestar
y la felicidad alcanzara a todos.









CIFRADO EN OCTUBRE

Y no te atormentes pensando que la cosa pudo haber sido de otro modo,
que un hombre como Miguel, y ya sabes a cual Miguel me refiero,
a qué Miguel único, la mañana del sábado
cinco de octubre, a qué Miguel tan terrestre
a los treinta de ser y combatir, a qué valiente
tan increíble con la juventud de los héroes.

Son los peores días, tú ves, los más amargos, aquellos
sobre los cuales no querremos volver,

avísales

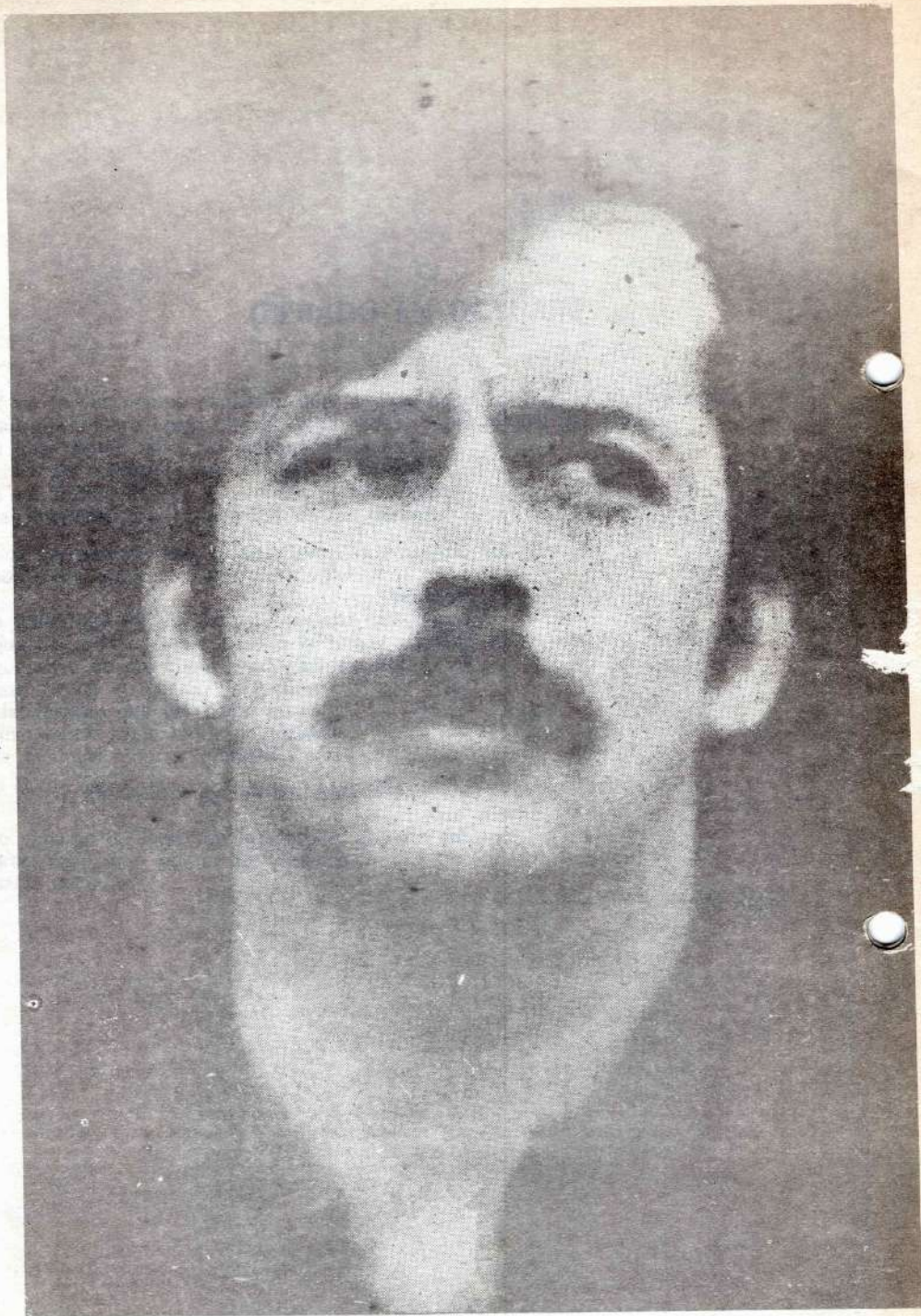
a todos que Miguel estuvo más alto que nunca,
que nos dijo adelante cuando la ráfaga escribió su nombre en las estrellas,
que cayó de pie como vivió, rápidamente,
que apostó su corazón al peligro
clandestino, que así como nunca
tuvo miedo supo morir en octubre
de la única muerte luminosa.

Y no te atormentes pensando, diles eso,

que anoche

lo echaron al corral de la morgue, que no sabemos
gran cosa, que ya no lo veremos
hasta después.

Gonzalo Rojas



SC-233